



terado por Rivee, y sus oficiales, sobre todo por el Teniente Federico Diago, hombre prolijo, del estado del Camagüey, que a la verdad no es tan malo como todos por allá en Oriente nos suponíamos. El enemigo se ha envalentonado, como era natural que sucediera, pero todos sus esfuerzos se han estrellado contra la resistencia de estos veteranos. El Teniente Coronel Rivee me regala un caballo. Rivee es un carácter puramente militar; une a su valor probado una rectitud y severidad poco comunes en su modo de mando. De aquí que sus soldados a la vez de un respeto profundo le quieren como a un padre.

Día 7.—Nos dirigimos a la Horqueta y simultáneamente se nos reúne el General Sanguily acompañado, además de su Escolta, de la que fué del General Agramonte, y de los oficiales y Secretario del Estado Mayor de aquel malogrado Jefe. La vista de estos hombres que he comprendido visten de luto en el alma me ha conmovido profundamente. Al General Sanguily y a su hermano Manuel les he conocido en Oriente. De los demás, no conocía a ninguno. Después que he presentado a Sanguily las órdenes del Gobierno, he quedado hecho cargo del mando, sin ceremonias, del Departamento. Hago formar toda la fuerza y me propongo dirigirle la palabra, pero me siento impresionado y apenas puedo coordinar las ideas... Siempre digo: «Jefes, oficiales y soldados. Designado por el Gobierno para ponerme al frente de vosotros vengo lleno de desconfianza en mis aptitudes, a cumplir este mandato, y con más razón, cuando es muy difícil sustituir bien al Mayor General Ignacio Agramonte; lo único que me alienta es la seguridad en que estoy de que todos vosotros, con vuestro valor, fuera de dudas, y disciplina, me ayudaréis a que sea menos pesada la carga que desde hoy pesa sobre mis hombros».

El doctor Antonio Luaces me contesta, a nombre de todos, con facilidad y desembarazo: «Que el deber y el honor le prescribían seguir la misma conducta de siempre, pero, con mayor gusto, después de la pérdida de su amado Jefe, pues la opinión me había designado a mí para cubrir tan lamentable falta».

Por las relaciones que estoy oyendo, de boca de todos estos hombres, de las hazañas de Agramonte y su modo de gobernar todo ésto, deduzco que se había improvisado un General entendido, y esta circunstancia me hace pensar que mi situación es comprometida con esta gente, que es natural se esperen cosas nuevas, estupendas, cuando más que debo contar con los empeños del enemigo, que serán inauditos, para anular mis esfuerzos.

Día 8.—Me dirijo a inspeccionar los talleres. Los tenemos de fabricar pólvora, monturas, armería, calzado, y hasta so-

gas y sudaderos. El General Agramonte era hombre de grandes recursos.

Día 10.—Ya han concentrado todas las tropas. Hoy, a las ocho de la mañana, he pasado revista a 500 jinetes y 800 infantes. Son anexas las tropas de Las Villas que el General Agramonte había organizado e incorporado. A la vista de este pequeño cuerpo de ejército, pero bien ordenado y bien organizado, no era por menos sentirse vivamente preocupado con el vivo recuerdo del General Agramonte. Su presencia se refleja en todo esto. Lamento no haberlo conocido. Pocos pueden, cual yo, apreciar la pérdida que ha sufrido la Revolución con la muerte del General Agramonte. Es regla general que en el soldado se han de ver, como de relieve, marcadas las condiciones morales de su Jefe, y en estas tropas se notan el hábito de disciplina, moralidad y orden, que eran sin duda una de las primeras cualidades de aquel carácter. Los españoles no saben una cosa, y es que Agramonte, inspirado en puro patriotismo, dejó asegurada la Revolución en esta parte.

Agramonte les hará tanto daño muerto, como les hizo vivo. Por mi parte he encontrado el instrumento templado, y mi fortuna estriba en arrancarle buenas notas. ¡Ah! ¡Cómo no nos unió el Destino en el campo de batalla!, cómo no hubiéramos contemplado quizás y quién sabe si yo lo hubiera hecho vivir para la Patria, antes que morir para la gloria. Céspedes no tuvo buen ojo, como Napoleón I, si no, no se malquista con Agramonte, o como Bolívar hubiera podido ver a un futuro Sucre cubano.

Ocupado todo el día mi tienda, por Jefes y oficiales, que han venido a visitarme, (saludarme) el tema de las conversaciones ha sido la muerte de este hombre tan sentido. Un oficial, de humildes alcances, sin embargo ha dicho: «¡Qué desgracia que el Mayor tuviera que morir para saber nosotros que lo queríamos tanto!».

Nadie es capaz de saber los grados de egoísmo que guarda el corazón humano. Yo me he sentido, a la vista de todo esto, casi envidioso del General en su tumba. Sin duda estos hombres se habrán baticado siempre por un sentimiento y en adelante lo harán por un recuerdo. Aquel hombre hijo de esta tierra, que sólo a sus propios recursos atendió, sin nociones militares, juzgo por lo que he encontrado hecho, que se había colocado en primera línea entre todos los Generales que aquí combatimos, pues los conozco a todos, y estaba llamado a ejercer grandes destinos en su Patria.

Orta, día 23/41